

—¡Nada de eso! ¡Qué diablos! Que se quede, pero que aprenda a respetar a mis hijas. Debes tener cuidado con este rejudido cabrón.

Cuando al Ñopo se le iba el mal humor y, ebrio de guaro y de lujuria, besaba tras la puerta a tía Chán, Dalila sonreía maliciosa provocándome:

—Déjame vértelo otra vez como enantes.

(Dalila, tú eras una chiquilla endemoniadamente precoz. Arrebataste tu ración de caricias robando un turno ajeno; sin embargo, qué goce enfurecido y, bruscamente, qué inevitable pena, **Chirelita**.)

Fruta en agraz, Dalila, demasiado alocada e insinuante, mariposeaba en torno a mí, interponiéndose entre mi sexo y Cándida quien, por ser la mayor (creo recordar que me llevaba tres años) era muy responsable y atendía a la mamá devotamente. La señora Delfina, agotada por la tisis, vivía siempre encerrada en su recámara y tosía con una voz cavernosa que daba miedo.

Cuando, huérfano e indefenso, llegué llorando a **la casona**, fue Cándida quien se acercó solícita a consolarme. Dalila, en cambio, me hacía burlas, maligna:

—¡Zambito tonto!

Betín me veía hosco, torvamente celoso.

Cándida, desde entonces, me hizo caricias maternas, cariñosas y dulces:

—¡Negrito lindo! ¡Mi tesoro! ¡Amorcito!

—Débora, apiádate del niño. ¿Qué culpa tiene Pipe de parecer un huérfano, pues aunque tú eres su verdadera madre lo has tratado como si no lo fueras. Por culpa tuya Goyo Gancho, tras cometer el crimen vive ahora sepultado en la cárcel. Pipe ha quedado sin papá ni mamá pues tú te empeñas en andar brujuleando, borracha, con ese vaporino. Ya sé que piensas irte y abandonar al niño. Sienta cabeza, idiota. No vayas a perderte. No sigas deshonrándonos, Débora. No corras esa toca aventura. Luego te va a pesar. No vayas, Pipe. Déjala. Corría desnudo por la playa bajo la noche tempestuosa llorandó a gritos tras la madre que, en pleno estado de embriaguez e ilusionada por la dulce promesa de conocer los siete mares, había resuelto irse de la isla con el maldito vaporino. Empapado por la lluvia y las olas, no me dejes mamá, se asía a su falda, pero ella, enloquecida de furor y de brama, le daba crueles manotazos. ¡Vuélvete a casa!

Atormentado por los nutridos golpes, el niño unía sus gritos al pavoroso coro del temporal. ¡Mamita linda, no me dejes! El aguaje había cubierto del todo los escalones de la rampa de embarque. ¡Que me sueltes, te he dicho! Los rápidos destellos de los relámpagos permitían vislumbrar de vez en cuando la panga en que el odioso marinero se iba acercando. ¡Ya deja de gritar! Maniobrando difícilmente con ambos remos el vaporino aproximaba la nave con cautela en espera de que fuese posible el abordaje. ¡Prepárate, a subir! Ella, luchando con las olas, se organizaba para el salto, pero el desequilibrio de su mente nublada por la embriaguez la hacía fallar. ¡Chiquillo idiota vete al infierno! La resaca empujaba la barca hacia altamar, la alejaba. ¡Dale un sopapo a ese pendejo! Un golpe de ola lo hizo tragar salado. Tosió ahogándose. ¡Que se vaya al carajo! Brilló un relámpago y en ese mismo instante la bocina de un vapor aulló lúgubre. ¡Es la sirena de El Izabal, qué vaina! Le dio fuerte a los remos. ¡Tenemos que apurarnos! El temporal mugía. ¿Qué esperas? ¡Embárcate ligero! Ella hacía esfuerzos por desasirse del retoño que, aferrado a su falda, seguía gimiendo. La marejada forjó una onda propicia que el vaporino aprovechó para acercar la embarcación al pretil. Al dar el Salto, la mujer intentó zafarse al niño, pero no fue posible y ambos cayeron en la panga. Ella, airada, lanzó una obscena exclamación y se vengó del daño golpeando al hijo. ¡No podemos llevar a ese mocoso! ¡Que se eche al agua! El muchachito miraba con terror a aquel hombre que, bien borracho, seguía remando mar afuera. Aunque la luz intermitente de los relámpagos no le dejaba distinguir bien la cara patibularia y los rasgos obscenos del rufián, el niño se los imaginaba, pues los tenía grabados en su memoria de tanto verlo en sopeteos con la madre. No se afeitaba la barba espesa. Parecía un forajido. Lo odiaba. Siempre que iba a la casa, por las noches, borracho a la par de ella, se complacía apretándole al niño los testículos hasta lograr sacarle aullidos que estremecían la noche mientras él y su amante reían felices. El Izabal volvió a bramar trágicamente. Era el anuncio de que se preparaba a levar anclas. La borrasca arreciaba. Sin descuidar los remos, el marinero comenzó a maldecir con palabrotas y amenazas ¡Echate al agua, coño! ¡No podemos llevarlo! El niño sollozaba pegado al torso de la madre. ¡No quiero líos ni estorbos! El vendaval aullaba. Verás que tu hijo sabe nadar muy bien. Dejó los remos, se levantó colérico, sacó un puñal y avanzó hacia la popa donde el niño, al flanco de la madre, manifestaba su terror asiéndose a ella. ¡Salta, vergajo! De manera instintiva, la madre quiso proteger al pequeño, pero el otro la apartó de un revés. La sirena de El Izabal seguía mugiendo. ¡Tírate, mierda!, gritaba el hombre enfurecido. Al resplandor

de los relámpagos el niño vio brillar el cuchillo. La panga daba tumbos sobre las olas cuyos trallazos se sentían en el rostro. ¡Brinca ligero, Pipe! ¿No ves que va a matarte? Amedrentado, él se aferraba a la madre. ¡Hay tiburones, mamita! Blandiendo el arma, ya impaciente, el marinero tiró un envión para asustar o herir al niño, pero el violento cabeceo de la barca lo hizo dar un traspiés. Trastabillando quiso asirse de algo y en la caída perdió el puñal. Haciendo piruetas de equilibrio se alzó hecho un energúmeno y agarrando con ambos brazos al pequeño lo lanzó al agua. El inocente se sumergió un instante, pero al salir a flote nadó de nuevo hacia la nave y asido al borde luchaba por subir, pero el otro le daba golpes con el puño cerrado. La madre, horrorizada consigo misma, se halaba los cabellos, procuraba no ver y aullaba: ¡Mátalo ya ligero! El vaporino cogió uno de los remos y le asestó un leñazo, al niño que, perdiendo las fuerzas, cayó al agua, pero el terror a los escualos lo hizo seguir nadando con ansias de abordar la embarcación. El marinero se preparaba a rematarlo con el golpe de gracia cuando la madre, tal vez arrepentida por su impiedad, gritó angustiada: ¡Pipe, zambúllete! Afortunadamente la indefensa criatura, al escucharla, logró sumirse entre las olas. Al resurgir vio que la panga se había alejado tanto que ya era inútil cualquier intento de alcanzarla. Mejor era nadar rápidamente hacia la playa. Por el dolor del golpe sabía que estaba herido. La sangre atrae a los tiburones. Si sienten el sabor estoy perdido. Trató de apresurarse. Ni el Mogo Tin ni el Fulo, que tenían tanta fama, sabían bracear como él. Se deslizaba ligero como un pez. La tempestad seguía rugiendo. Los relámpagos alumbraban la orilla de vez en cuando. Sabía que el tiburón de un solo cuajo desgarrar carne y huesos. El hijo sordomudo del zapatero pudo salvarse de milagro pero quedó sin pies. Le parecía que el peje iba siguiéndolo a muy poca distancia. Lo presentía. Debes salvarte. Rápido. Acelera. Finalmente sintió bajo él la arena firme. Cansado y acezante, se arrastró por la playa hasta que pudo recostarse a una peña algo apartada del furor de las olas. Sentía un dolor intenso en la cabeza. El Izabal pitaba anunciando su salida. Pensó en la madre. ¿Por qué carajo me seguiste, mierda? Volvió a llorar. Las olas reventaban furiosas. ¡Echate al agua, Pipe! Brilló un relámpago. Retumbaron los truenos. ¡Mátalo ya ligero!

VI

Anel y el peje

Al par de espléndidas casitas que tenían en la playa Marino Olaya y Celmiro Talavera no sólo les decían las **pizarras** debido a que sus sólidas murallas eran, según el dicho, papel de la canalla sino también por ser dignísimas hijas de Pizarro pues, sin lugar a dudas, habían surgido del monumento al héroe. Nadie en la isla ignoraba que la colecta del saco de cemento fue una maniobra deshonesta que Marino negaba con inaudito desparpajo declarando que tal infundio tenía visos de infame pasquinada y de calumnia ofensiva a su dignidad.

Huérfanas de calor humano durante buena parte del año, las dos cultas **pizarras** sólo eran habitadas algunos fines de semana y en los cálidos meses de vacaciones. Una de ellas la ocupaba la gorda esposa de Marino, la Nena, con sus tres hijos y la criada Cirila, mientras la otra servía de alojamiento a los Talavera que, a falta de progenie, se rodeaban de amigos que armaban en la playa ruidosas francachelas alrededor de una fogata bailando al son de un vocinglero fonógrafo.

Entre las dos **pizarras** ofrecían un deslucido contraste la bodega de Cucho el lamparero cuyo genuino oficio más que el de darle luz al pueblo consistía en deslomarse del día a la noche remendando zapatos. Vendía además sandalias, alpargatas, chinelas, amén de bolsas, cinturones, sombreros y otras curiosidades típicas. Tenía también en venta corales, madreperlas, erizos, caracoles y conchas, **souvenirs** graciosamente decorados por su hijo Anel que era un hábil artista de la pintura. Sobre unas tablas a modo de anaqueles, frente a la casa, se veía siempre expuesta la variopinta mercancía marina que los turistas gringos miraban, manoseaban y aun compraban en raras ocasiones.

Quien atendía a las ventas y administraba las ganancias era María Palito, mujer de Cucho, que a ratos giraba por el pueblo vendiendo chances y billetes de lotería. En manos de ella dejaba Cucho la buena marcha del negocio al caer la tarde. Con los primeros tintes del crepúsculo salía de casa con la escalera al hombro y el mechero encendido y, deteniéndose de esquina en esquina, recorría todo el pueblo dedicado al oficio de encender los faroles sin olvidarse nunca de sí mismo al darse lumbre con su pinta de guaro pues, metódicamente, por cada lámpara encendida se echaba un lamparazo. De esa manera, él y las calles quedaban alumbrados.

Cuando algún úcase alcaldicio determinaba que los fanales no debían encenderse (ya fuese por la falta de petróleo o simplemente por economizarlo en ciertas noches de esplendoroso plenilunio), Cucho dejaba en casa mechero y escalera lo cual no era óbice para que él, por costumbre, dejara de emprender su itinerario y cumpliera con el sacro deber de iluminarse.

Las noches estivales o en las de ciertos fines de semana las **pizarras** competían al unísono en bullaranga, música y profusión de luces. Cucho y María Palito perdían la paz e inútilmente trataban de conciliar el sueño pero, en cambio, ganaban beneficios que traducíanse en tragos, alimentos y dólares.

María Palito, que era aseadora en ambas casas, solía quejarse a veces debido al recio aumento de sus faenas, pero llevaba a casa sobrantes de alimentos y bebidas amén de que sisaba a sus anchas.

Las ricas y alegres personas de ambas **pizarras** jamás habían comprado **souvenires** ni, fuera de los chicos, se habían aproximado a curiosar. Por tal razón María Palito se quedó extrañadísima cuando esa tarde la Nena y sus tres hijos, de paso hacia la playa, llegaron a la tienda con el objeto de comprarle sandalias veraniegas a Carolín, chiquilla que, apenas de doce años, ya tenía exuberancias y coqueteos precoces.

Tito y Toti también querían pantuflas, pues nos avergonzamos de estas chinelas rotas, mamá, no seas tacaña.

—Yo soy quien se avergüenza de ustedes. Parece que tuvieran patas de hierro. Rompen zapatos como quien rompe globos. Apenas se los ponen los deshacen.

María Palito que, solícita, le mostraba a la Nena el reducido muestrario de chinelas, sandalias y alpargatas miró amorosa a su hijo que, junto al

padre, se entretenía pintando en una concha un paisaje. Notó que Carolín le hacía caritas y que él le sonreía pero bajaba los ojos como evitando que alguien captara el devaneo. Desde diversos días atrás María Palito había observado aquel cruce de miradas entre la inquieta Carolín y Anel quien ya era todo un adolescente de buen físico y delicado aspecto.

De pronto, la gordinflona Nena, al ver los precios de las distintas muestras, dijo en tono descomedido y agrio:

—¿Por qué cobran tan caro por estas porquerías?

María Palito no pudo contenerse y expresó su rencor sin cortapisas:

—Señora, usted se queja de que sus hijos rompan zapatos como si fueran globos, pero no se da cuenta de que eso significa que están llenos de vida y que gozan; pues, por tener los miembros sanos, pueden correr, nadar y divertirse. Yo quisiera gastarme lo poquito que gano comprándole zapatos a Anel, pero eso es imposible porque, mírelo usted, mi único hijo no puede usar zapatos.

—¿Por qué? —indigó la Nena.

—Porque mi hermoso Anel no tiene pies, señora. Se los comió en el mar un tiburón.

—Ah, sí. Lo supe, pero eso fue hace tiempo. ¡Pobrecito! —Y al notar la mirada del inválido trató de disculparse—. Perdóneme, muchacho. No te quise ofender.

—No se preocupe —dijo María Palito—. Nuestro hijo es sordomudo. Fue por eso que no escuchó los gritos de quienes le advertían desde la playa la cercanía del animal.

Carolín, impulsada por un pavor extraño, salió corriendo de la tienda.

VII

Lázaro, surge et ambula

La muerte de Felipe causó en Hipólito un sentimiento de dolor tan profundo que no pudo evitar la exteriorización de su pena; lo lloró como a uno de sus seres queridos, como a un hermano o como a un hijo. El ataúd que le hizo, forrado en raso negro con estrellas plateadas, era talmente, según la inoportuna María Palito, que ni mandado a hacer en la ciudad y le quedaba de lo más bien a Pipe, **requiem aeternam**. Hipólito no aceptó pago alguno por su trabajo. Sólo faltaba que... Nada, hombre. De eso ni hablar.

Nuevamente doblaron las campanas lo cual significaba que el padre Brito ya estaba preparado para el oficio de difuntos y también para el viaje. Tenemos que apurarnos. Varios amigos de Felipe se disponían a alzar la caja cuando Leila vio llegar a don Plácido. Fue para ella como un tardío destello de esperanzas y, vuelta un mar de llanto, según María Palito, se adelantó a abrazarlo desolada, quejándose y aun acaso culpándolo, ya que si usted, doctor, hubiese estado en la isla mi esposo no habría muerto.

—¿Cómo fue?

—Esta mañana, cuando fui a despertarlo...

—Desembarqué hace poco. Beto Cárcamo me lo dijo en el muelle. Lo que no entiendo es la prisa en enterrarlo. Por lo menos han debido esperarme para cerrar la caja. ¿Qué apuro les urgía?

María Palito, procaz y deslenguada, soltó un ajo.

—Cojudeces del cura.

Chago Manuel Ladera rectificó:

—Tío Plácido, dígame... El padre Brito viaja en la misma lancha que usted acaba de dejar. Quien no está a bordo dentro de una hora, adiós. El primer toque de sirena se escuchará muy pronto.

Don Plácido hizo un gesto de impaciencia.

—¿Le hicieron el diagnóstico? ¿Quién ha extendido el acta de defunción?

—No estando usted, según lo convenido, tuvo que hacerla Gringo Saldaña. Dictaminó muerte causada por envenenamiento etílico.

—Ese no sabe de la misa la media.

Cuchito el lamparero, hediondo a guaro, dijo casi al oído del doctor, dándose pisto y en son de confidencia:

—Cuando clavé la tapa, noté algo raro. Además de las lágrimas que Leila le enjugaba, vi, con perdón sea dicho, que Felipe tenía la cosa tiesa.

Ladera no se fiaba de Cucho por ser éste un sempiterno bromista y un alcohólico no ciertamente anónimo, pero al saber que Leila confirmaba el raro prodigio de las lágrimas, Ladera sospechó lo que temía.

—Todo esto me parece muy raro —dijo—. Que el padre Brito espere o que se vaya al carisma. ¡Abran la caja! ¡Rápido! No creo que Cucho lo haya notado erecto, pero lo cierto es que los muertos no lloran. Prefiero examinarlo yo mismo y aun de paso me gustaría hacer una prueba. Leila, consígueme un espejo. Me basta uno pequeño de esos que llevan las mujeres en su carriel.

Mientras varios amigos se esforzaban en desclavar la tapa del ataúd, las muchachas abrían sus bolsas y carteras. Mil manos se extendieron con espejitos. El doctor tomó uno (basta con éste) e iba a acercarlo a la nariz del finado cuando, al verificar que ciertamente tenía los ojos humedados, comprendió que era inútil comprobar si su aliento empañaba o no el espejo.

—¡Sáquenlo de ese féretro! A este Lázaro rijoso y lacrimógeno seré yo quien le diga **surge et ámbula**. Hay que frotarle con cepillos las plantas de los pies y las piernas. Tenemos que lograr que le circule la sangre. Calienten agua. Déjenla hervir. Le aplicaremos sobre el pecho fomentos que le hagan reaccionar el corazón.

Las diligencias se llevaron a efecto con gran celeridad. El agua, que hervía en latas y que ya estaba lista para hacer el café, sirvió para empaquetar trapos y toallas. Desnudo sobre el lecho, el «cadáver» (que salgan las muchachas; que se queden las viejas) fue diligentemente friccionado por Leila, Chon Candela y Faustina. El Mogo Tin y Cucho, turnándose, acarreaban baldes de agua caliente. Don Plácido, quemándose las manos, aplicaba sin tregua los fomentos.

Siento las voces, los dobles de campana, la llantarria de Leila. La tiene preocupada la idea de que, por ser mi esposa, sin duda dará a luz un niño negro. Por eso se ha obstinado en abortar o quiere que le hagan un trasplante o un trueque. Cree que le injetarán un feto rubio. Dizque lo sabe hacer un ginecólogo que vive allá en la capital. No logro convencerla de que desista de esa idea. Discute, se sofoca, se altera. Ahora corre hacia el muelle cargando su maleta y se apresura para alcanzar la lancha. Trato aún de disuadirla caminando de prisa al lado de ella. Un sol de fuego vaporiza el sudor. Se escucha la sirena que anuncia la partida. Se oye un campanillazo. Suena el motor. La nave arranca. Qué vaina, dice Leila. Maldice, vocifera, blasfema. Desde el muelle vemos la estela blanca que va dejando la propela. ¿Qué hacer? ¿Cómo alcanzarla? Leila no se resigna. Desea que se produzca un milagro. Le ruego a Dios y ocurre. De pronto atraca al muelle un raro bote repleto de mulatas desnudas. Nos invitan. Hay que subir a bordo. No hay tiempo que perder. Le grito a Leila ¡salta! Lo hago tras ella. El timonel, anciano de tez bronceada, me reclama el pasaje. Le entrego dos monedas. La nave arranca. Leila quiere explicar a las mulatas el verdadero objeto de su viaje. «Ya lo sabemos, dicen, el mago Caligari te espera en el pontón.» Apretujados entre las carnes prietas de las mulatas viajamos con vaivenes violentos hacia el pontón que, por fortuna, se divisa muy cerca y tiene jarcias enguinaldadas de pañales. Con suaves contorsiones, las mujeres (¿son culisas o negras?) procuran insinuárseme maliciosas, manifestando claros deseos lascivos. «No me agradan las negras.» —les digo con aire desdeñoso—. «Sólo digiero carne rubia.» Convulsas, clamorean: «Fuimos blancas. Las flamas y el humo del Infierno nos tiznaron la piel. Míranos. Fíjate bien. ¿Nos reconoces? ¿Recuerdas a tus víctimas? Nos condenó a las llamas eternas tu lujuria. Ahora queremos salvar a Leila de tu engendro. Tal vez haciendo méritos nos dejarán entrar al Purgatorio.» La sobaquina y el balanceo del barco le sientan mal a Leila que, ya en un tris de vómito, gime aterrada y hace mil aspavientos desahogados. Por fortuna llegamos al pontón. La brisa fresca y el feliz desembarco la tranquilizan, sobre todo, cuando ve a Caligari haciendo un círculo en cuyo centro la sitúa, la hipnotiza

y le ordena desnudarse. Las negras danzan alrededor del fuego cantando **yes we have no bananas**. El mago coloca entre las brasas un falo enorme. Pregunto: «¿Qué va a hacer este bárbaro?» Las culisas responden: «Va a achicharrar a tu hijo porque es de raza negra.» Grito desesperadamente: «Tiene que haber un Dios benigno que impida esta injusticia de Ku-Klux-Klan.» Se oye en el cielo un trueno y una voz detonante que ordena: «¡Cúmplase el sacrificio!» Atormentado, trato de hacerme oír entre el fragor de centellas y relámpagos. «¡Quiero entrar en el cielo! ¡Me he ganado el derecho de sentarme a la diestra de Dios Padre!» Entre las nubes resuena un coro polifónico de voces juveniles que dicen: «¡No lo dejen entrar, que va a violarnos!» ¿Serán de veras vírgenes? pregunto. Mamá Durgel responde: «Son las famosas once mil, Chompipe.» Pregunto: «¿Quiénes son los llamados a entrar y cuáles son los que tienen derecho de sentarse a la diestra de Dios Padre?» La Voz de Dios contesta: «Esos sitios sólo están reservados para oligarcas blancos.» Grito: «Yo he visto a muchos de ellos violar negritas.» La Voz de Dios responde: «No olvides que los ricos gastan mucho dinero en rogativas e indulgencias plenarias; ellos compran el cielo.» Totalmente confuso, logro inquirir: «¿Se vende el cielo?» «Claro, dice la voz de Dios, a tanto el metro cuadrado. Por eso nadie consigue entrar si no viene equipado con opimas indulgencias plenarias; pero debo aclararte que si los blancos se acuestan con las negras es para mejorar la raza y si lo hacen contra la voluntad de las negritas, comprende que al hacerlo se sacrifican por el bien de ellas y de la humanidad. Cumplen así las obras de misericordia que les confiere el don de entrar al Cielo.» Enfurecido, le respondo: «Lo dices porque eres un Dios blanco; te forjaron los blancos a su imagen y semejanza. En el catecismo me enseñaron que tú tenías un pueblo elegido a cuyos hombres les ordenabas asesinar a las razas que ellos considerasen inferiores; tú los hacías derramar sangre inocente; y en tu Cielo las mejores localidades, a tu diestra, son para gente rica de piel blanca. ¿Quiénes se sientan a tu izquierda?» La Voz de Dios contesta: «Cuando la izquierda triunfe, se sentarán allí los de la izquierda.» Enloquecido de furor, le grito: «¡Tú eres un gran bellaco! ¡Vete al carajo, hijo de puta!» Se oye un trueno estridente; siento una gaznatada y la voz de mi Nana que me dice: «¡Cállate, boquisucio!» Las negras siguen cantando alegres **yes we have no bananas**; el mago Caligari extrae de entre las brasas el gran falo de hierro al rojo vivo. Se lo hunde a Lelia por la boca hasta el vientre y una enorme humareda sube al unísono de un alarido unánime. El curandero va sacándole a Lelia el feto en trizas y exclama satisfecho: «Carne negra para los tiburones.» Al ver que se dispone a arrojar al mar los despojos, me echo sobre él enfurecido, gritando: «¡Es mi hijo, imbécil!» Me clava el

falo ardiente en el pecho. Siento la chamusquina y un dolor lacerante. Hago un esfuerzo mental y me despierto.

—¡Un milagro! ¡Las campanas a vuelo! —gritó María Palito.

Chillidos de mujeres, cacareo de gallinas y ladridos de perros.

—A este muerto no lo habían invitado los gusanos —dijo el doctor Ladera.

Como alguien casi a punto de asfixiarse, Felipe respiró plenamente y al fin logró decir:

—A poco más y me sancocha, doctor.

Todos, se rieron menos Leila quien, según dijo Papa Chente, siguió llorando como una Magdalena.

Cucho el lamparero que, por cavar la fosa se había ganado una botella de ron, le pasó ésta a Felipe, diciéndole:

—Bebe un trago, rijoso lacrimógeno.

El cadáver viviente traşegó glugluteando buena parte del carburante etílico con beneplácito de todos. Su regreso a la vida fue el clásico pretexto para empezar la chupatina.